Compre usted todas las semanas
LAS OCURRENCIAS
El periódico más interesante y popular.
10 céntimos.

LARA
Antiguo Madrid
RAPIDO

Casa editorial de tarjetas postales ilustradas. Unico exclusivo que tiene la colección completa del
Conde de Luxemburgo, Tierra del Sol, La Goya y Pastora Imperio.

Manuel Fernández y González, 8.
(Antes Visitación.



GRATIS. La felicidad
por medio del MAGNETISMO Y OCULTISMO la mandaré al que envie un sello de 0'15 á D. Francisco G. Purtal.
• • • Barcelona - Mataró • •

ENFERMEDADES DE LA VEJIGA
VESICALINA
Es la **Vesicalina** una preparación magistral, específica en el tratamiento de la cistitis, por sus condiciones antisépticas, anestésicas, hemostáticas y diuréticas. La curación es rapidísima y segura en todos aquellos casos en que se trate de infecciones de la vejiga, uréteres y pelvis renal. Evita en absoluto los sondajes frecuentes y regulares, ahorrándose el enfermo incalculables dolores y molestias. Recomendamos á todo enfermo de la vejiga que antes de hacer uso de otros similares pruebe con un frasco pequeño de **Vesicalina**, y se convencerá de la eficacia del medicamento.
Precios de los frascos: tamaño grande, 10 ptas.; ídem pequeño, 5.
Depositarios: Sres. Pérez, Martín y C.ª, Alcalá, 9, y de venta en toda buena farmacia.

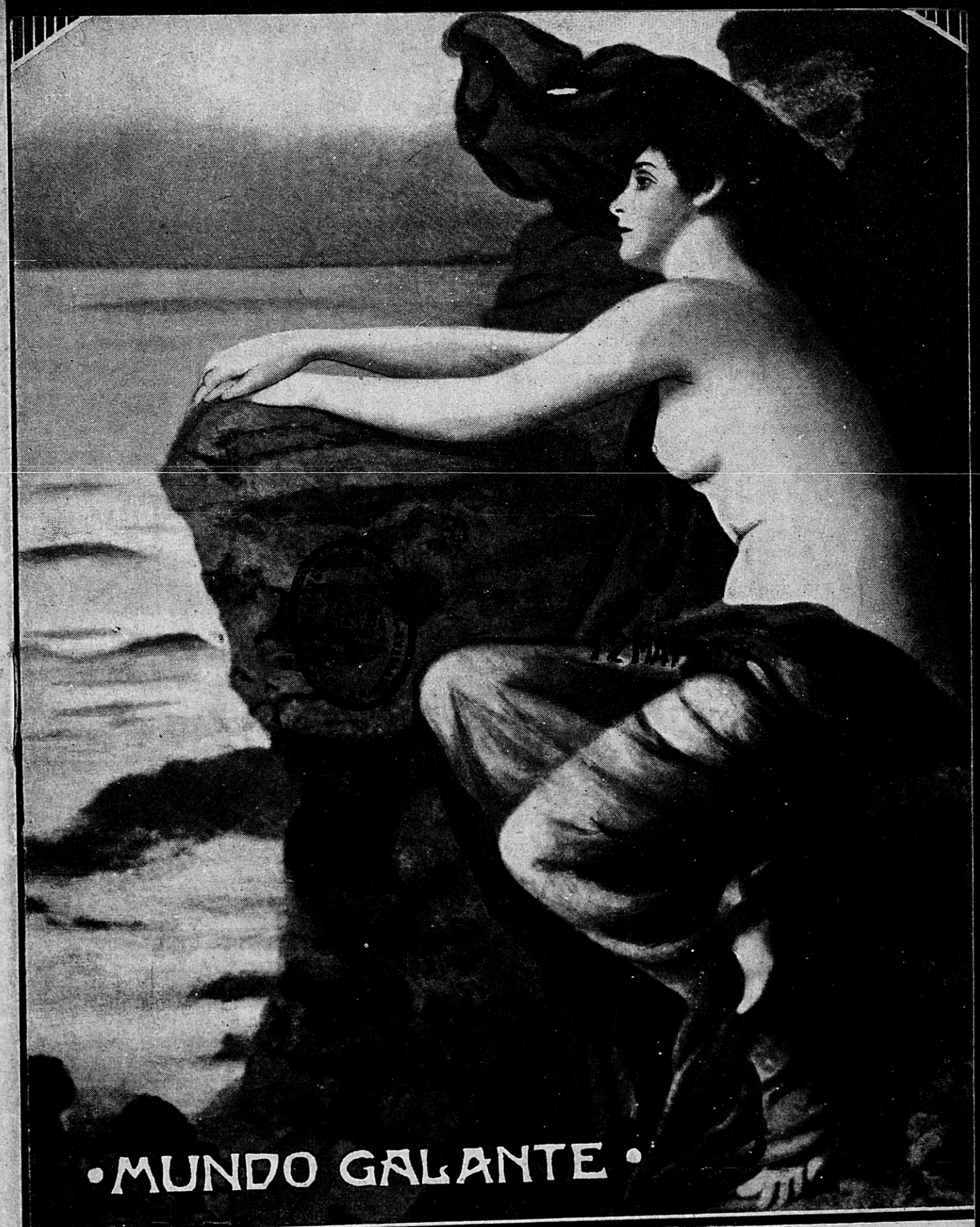
Mundo Galante
REVISTA POPULAR DE ARTE
OFICINAS: SAN ANDRES, 30.—APARTADO 555.—MADRID
PRECIOS DE SUSCRIPCION

España	Trimestre	1,50 pesetas.
	Semestre	2,75 »
	Año	5 »
Extranjero, año		8 francos.

NUMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS

LOS QUINCE GOCES DEL MATRIMONIO.—Un tomo de 200 páginas y grabados.
MISTERIOS DEL LECHO CONYUGAL.—Un tomo de 80 páginas y grabados.
Por **2 pesetas** en sellos, Giro postal ó mutuo, se envía á provincias cualquiera de los dos libros que se anuncian.—Pidiendo los dos tomos se envían certificados por **4 pesetas**. Los pedidos, con su importe, **únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, cuarto derecha, Madrid**.—(Exportación, por mayor, de revistas, libros y periódicos á España y Extranjero.)

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo.



ARIADNA EN LA ISLA DE NAXOS.—Cuadro de H. Rae. (Cliché P. de D.)

N.º 21 REVISTA POPULAR DE ARTE 10 cénts.



Fermín es un chico que adora á Elena, con permiso de los papás de ésta.
Y entra en la casa.
Y procura encontrarla sola.
Angelito es un hermano de Elena.
Un nene de seis ó siete años.
Un dia, viendo á dos palomos, ó sea paloma y palomo, que se arrullan y se besan, dice á su papá:
—Mira, mira; como Elena y su novio: también se pican.

♣ ♣ ♣

La enfermedad no se explica
de su niña, Salomé,
pero dice á todos que
tiene algo interior la chica.
Y aunque la ha visto un doctor,
no dice lo que será,
pero sí que él tratará
de conocer al autor.

♣ ♣ ♣

Lucía da á luz nenes gemelos.
El marido, que es un bruto, un verdadero salvaje, la increpa furioso:
—¿Conque es decir que hemos sido dos padres?

♣ ♣ ♣

—Adiós, Marcos; ¿qué tal?
—Así, así, tirando.
—¿Y tu esposa?
—Buena. A tu disposición.

♣ ♣ ♣

—¡Me han dicho que Encarnación tiene un hijo!
—Es natural.
—¿El hijo?
—Y la sucesión:
¿no ve usted que Encarnación
es un nombre muy carnal?

♣ ♣ ♣

—Elisita, antes de pedir la mano de usted á su padre, quiero saber si consentirá usted en ser mi mujer.
—¡Jamás, caballero! ¿Usted olvida que ha querido seducirme?
—Sí; pero sin resultado.
—Pues por eso. ¡No sirve usted para nada!

♣ ♣ ♣

Un niño dió á luz Elvira,
y el que iba á ser su padr no
decía: —Es una molestia
llevar al nene al registro.
—Ni pensado - dijo Elvira—;
que lleven á otros chiquillos
enhorabuena; pero éste ..
no cabe duda que es chico.

♣ ♣ ♣

En el tendido:
—Mira, chico, qué preciosa pantorrilla tiene aquella joven del sombrerito negro que está en delantera. ¿No te entusiasma á ti eso?
—No. Yo pongo más altas mis miras.

♣ ♣ ♣

Doña Robustiana, mamá política de Joaquín, lanza un agudo grito, que alarmó á todos los de la casa.
Se ha caído un enorme reloj de pared por donde ella acaba de pasar.
Exclamación del yerno al saber el incidente.
—¡Ya decia yo que ese reloj atrasaba!

♣ ♣ ♣

—*Una vez, y de pasada,*
nos hemos visto los dos;
es verdad, acá *inter nos,*
que tú no estabas casada.
—¡Es tan débil la mujer!...
—Sin embargo, no abusamos.
Y después nos separamos.
¿Qué nos quedaba que hacer?

♣ ♣ ♣

Una mujer se presentó al juez quejándose de los malos tratamientos que con ella usa su marido.
—¿Y qué pretexto—le preguntó el funcionario—toma su esposo para pegarle?
—No toma eso, señor; lo que toma es un bastón con muchísimos nudos.

♣ ♣ ♣

—¡Se ha quedado tan pálida y tan ojerosa desde que se ha casado con ese gigante!...
—¡Ay, hija! La cosa no es para menos: tú no sabes lo que la mujer se echa encima cuando se casa.



Año I. - Número 21.
Madrid, 26 Septiembre 1912.
Oficinas: San Andrés, 30.
Apartado 555.

CANDIDEZ INGLESA

Cuando murió el respetable lord Lathair John, dejó á su viuda, además de la magnífica quinta de Clakda, inmensas propiedades territoriales en Escocia y un hijo de dos años.

Lady Centry, que no tenía más que veinte años al morir su esposo. resultaba muy joven y muy débil para asumir la pesada tarea de la educación de su hijo.

En consecuencia, acogió muy favorablemente los ofrecimientos que de librarla de semejante carga la hizo sir Conci, «clergyman» de Salver-Holl, pueblo inmediato á la quinta de Clakdan.

Sir Conci era un venerable anciano, de erudición y puritanismo poco comunes.

En todo el condado de Diarrey era celebrada su prudencia, y por tanto su proposición fué inmediatamente aceptada.

El respetable «clergyman», satisfecho de su buena suerte, abandonó á sus queridas ovejas y fué á instalarse en Clakdan, donde se consagró por completo á la educación del tierno lord.

Lady Centry, así como se juzgaba demasiado joven para dirigir una inteligencia, no se creía tampoco bastante vieja para resignarse á perpetuo encierro, ni aun en la antigua y magnífica posesión de Clakdan.

De aquí que con mal reprimida y peor disimulada alegría viese llegar de todos los extremos del Reino Unido las primeras invitaciones, que la anunciaban, á la vez que el final de su luto, el comienzo de una nueva existencia.

Para cubrir las apariencias resistió algunos meses; pero luego hizo su nueva entrada en la sociedad, más linda y graciosa que lo había estado nunca.

Vióse, pues, muy cortejada, y embriagada por su triunfo prestó complaciente oído á las galantes palabras de los jóvenes lores.

Se había casado tan joven y lord Lathair John era tan viejo ya cuando se había casado con ella, que, á decir verdad, su conducta era muy perdonable.

Sin embargo, como el difunto había puesto en su testamento una cláusula en cuya virtud se retiraría á la viuda el disfrute de la fortuna marital en caso de que contrajera nuevas nupcias, la joven se guardó bien de matrimoniar legalmente por segunda vez.

—¡Nada de legalidad!... ¡Viva lo ilegal!..

Tal era su divisa, á la que permanecía siempre fiel.

Entretanto, habiendo quedado completamente dueño de sus actos, sir Conci cuidó de la educación del joven lord á su antojo.

El venerable pastor dió rienda suelta á su tendencia rigorista, y la madre, harto ocupada en sus placeres, no advirtió que su hijo progresaba en... cretinismo de una manera inquietante.

Sir Conci no permitía al joven ningún juego, ninguna lectura, ningún estudio que pudieran revelarle misterios que el venerable individuo juzgaba pecaminosos, y, ya que la madre escapaba á su autoridad, quiso al menos salvar al hijo.

Este, á los quince años, no conocía nada de las cosas de la vida: sabía la Biblia y la Geometría, pero ignoraba lo más elemental de la combinación de los sexos.

Los únicos placeres eran el boxeo, la equitación, el *lawn-tennis*, la educación de perros, etc. Esto último le dominaba, de manera que el venerable «clergyman» hu-



—No extraño, bella primita,
y á fe que no soy un zote,
que al verte así, se alborote
tu mamita.

biera querido calmar aquella pasión, á fin de que la casi constante permanencia del joven en la perrera no le revelase los detalles demasiado íntimos de la reproducción; pero Jaime Lathair John no lo entendía así: cuidaba por sí mismo á sus animales, y los asistía y guiaba en todos los actos de su existencia...

El joven llegó á los veinte años.

Era un mozo bien plantado y sólido como un roble.

Lady Centry comenzaba á advertir que su hijo crecía y que ella iba envejeciendo.

Muchas veces, en el comedor de la quinta, tan grande y tan fría, con sus muros cubiertos por sombrías tapicerías y sus rígidos criados, de librea negra y blanca, la madre había visto la mirada de Jaime, fija obstinadamente en ella; una mirada escrutadora, hasta inquisitorial, que le había producido una impresión de embarazo, de malestar indefinible; mas como comprendía que ya no la restaban sino pocos años de poder seguir en la vida licenciosa que llevaba, resolvió desembarazarse de su hijo casándole.

El joven estaba ya en edad de contraer matrimonio, y con su inmensa fortuna seguramente le sobrarían partidos.

El venerable sir Conci estuvo á punto de morir de repente al enterarse de tal determinación; pero comprendiendo que era irrevocable no protestó.

. . . . . .

Pronto se halló esposa para Jaime. Sir Conci, espléndidamente recompensado, fué despedido, volvió á sus queridas ovejas de Salver Holl y el casamiento de su discípulo con miss Merdelett se celebró con gran pompa en la quinta de Clakdan.

Lady Centry no ignoraba la falta de conocimientos de su hijo, falta que, si antes la había servido, ahora la preocupaba.

Al principio del noviaje la buena señora se había dicho que su nuera arreglaría las cosas; pero ocurrió precisamente que la joven era una inglesita tonta y pudibunda.

La pobre madre se halló, pues, muy perpleja el día de la boda de su hijo, pues no sabía cómo saldrían del primer paso los recién casados.

Luego de mucho reflexionar, como pasaba el tiempo y ella no se atrevía á confesar el caso á nadie, resolvióse á instruir en sus deberes por sí misma á su hijo.

La empresa era ardua; así es que, llamando al joven al salón, le dijo con voz temblorosa:

—¿Estás satisfecho de tu elección?

—Sí, mamá—, repuso él.

—Y... ¿conoces tus deberes de esposo?

—¡Ni poco ni mucho! Sir Conci no me ha hablado nunca de eso.

—Pues bien; será preciso que te... que te muestres cortés... amable... insinuante... ¡Ejem!... ¡Ejem!... Insinuante... galante...

Lady Centry, comprendiendo que se enredaba, acabó con rapidez.

—Jaime, hijo mío, no es una madre quien puede tratar tan delicado asunto, pero tú, que siempre has estado metido en la perrera, has debido observar que... que...

Jaime había comprendido, pues poniéndose encarnado, y en voz muy baja contestó:

—¡Sí, mamá!... ¡He observado que... que!...

—Pues entonces... ¡ya sabes lo que tienes que hacer!..

. . . . . .

Una hora después de esta conversación, los dos esposos, escoltados por sus parientes, entraban en la cámara nupcial, dejando todavía sentados á la mesa á los invitados.

La joven y su madre iban delante, y Jaime las seguía algo detrás.

Iban ya á entrar en la alcoba, cuando, de pronto, el joven lord se volvió, y dirigiéndose á lady Centry, que los seguía, exclamó:

—¡Sobre todo, mamá, no te olvides de hacer subir agua caliente cuando oigas que comenzamos á ladrar!...

M. E.

JUSTO HOMENAJE

En el interminable pleito que MUNDO GALANTE viene sosteniendo con la Justicia histórica, no ha de ser todo molestias, contrariedades y sinsabores.

Un sentimiento de gratitud nos obliga á rendir justo homenaje á la honrosa labor que en defensa de los fueros del Arte están realizando los notables y jóvenes letrados señores Sartou, Barriobero y Villaisoto.

Sépanlo nuestros lectores, esos distinguidos abogados, que honran el Foro español, convencidos de la enormidad que representa la persecución de que se hace objeto á MUNDO GALANTE, sostienen con admirable tesón nuestro indiscutible derecho á la vida.

Tan inteligente esfuerzo no será estéril, y creemos que la serenidad de juicio de los juzgadores nos dará, al fin, el triunfo definitivo como desean todos los amantes de la verdad, del arte y de la justicia



Reparos.

—¡Por Dios, señorito; que nos ve el loro, y se lo podría decir á la señora!

¿PECADORA?

Hará cerca de un año que entre lágrimas
me dijiste una noche al acostarme:
«Es nuestra situación muy angustiosa;
el casero me ha dicho, que ó le pague
ó que busque otro cuarto, si no quiero
que nos pongan los muebles en la calle.
¿Qué me aconsejas, hija? Si accedieses...
Anoche comenzó Pepe á insinuarse.
A Pepe tú le gustas, me lo han dicho;
con él yo te aconsejo que te cases.
Olvida á Luis, mujer; razona un poco.
Comprende que por mucho que trabaje
no es posible que pueda mantenernos.
Con Pepe es con quien tú debes casarte;
á mí me sacaría del apuro,
y á tí te compraría, botas, trajes,
lo que tú le pidieras. Si él no es malo...
Por tu bien te lo digo, vé lo que haces...
Me casé por no oirte, sin quererle;
resignada á penar y á no quejarme
y á sufrir sus rarezas y caprichos
con tal de que á tí nada te faltase.
¿Por qué hoy me recriminas? Porque dices
que nunca con mi esposo estoy amable;
que sus besos rehuyo y sus caricias;
que no le hago otra cosa que desaires
y que sueño con Luis, ¡á qué negarlo!
Si él me adora, ¿por qué yo he de olvidarle?
El nombre no mancillo de mi esposo;
suya soy, y por él diera mi sangre,
porque á él pertenezco desde el día
que me condujo al pie de los altares.
Pero, ¿quererle yo? Si le aborrezco...
Si me casé por tí... Si le odio, madre...
Ya me puedes llamar lo que te plazca
De tal palo tal cuña. Sí, amenázame,
y pégame también... Yo te aseguro...
Vas á tener razón para insultarme..
Ya que paso por mala siendo buena,
y ya que con mi cuerpo te lucraste,
seré lo que me hiciste: pecadora.
¡Nací para mujer, no para mártir!

ANTONIO SOLER.

Ejemplo de precocidad.

—Observa—le decía un padre á su hijo explicándole Geografía—, que cuando es de día en una parte de la tierra, en la otra es de noche. Así, por ejemplo, cuando nosotros nos acostamos, se levanta la gente en China.

—Me alegro de saberlo, papá—contestó el chico—, porque siendo así, no me casaría con ninguna china.

LO DE SIEMPRE

Si alguna vez me lleva el diablo, que me lleve en coche.

Esto es lo que pensaba Rosa, cuando algún amante de poco más ó menos llegaba hasta ella en demanda de un poco de amor.

Y aunque la chica vivía sola y era bella, no dió un paso más allá de lo regular, hasta que tropezó con el *diablo* ese que se la tenía que llevar en coche. Era un joven que



—¡Dame ese gusto!—Gaspar,
no puedo.—¡Qué pesadez!
—Bueno, te lo voy á dar;
pero por última vez.

acababa de heredar una cuantiosa fortuna.

¡Qué feliz fué Rosa al principio! Las más hermosas flores aparecían diariamente en su lujoso tocador, adquiridas á peso de oro por su apasionado amante.

Tanta felicidad suele empalagar. Y esto le empezó á ocurrir á Rosa.

Pero Antonio organizó fiestas íntimas, donde los más ricos manjares y el *Champagne* jugaban un importantísimo papel.

—Aquí dentro está la vida, el amor, la felicidad—, exclamaba loca de contento, contemplando cada botella que se destapaba.

Mas después de los alegres efectos del vino seguía el natural aplanamiento, la desilusión, el entorpecimiento cerebral, el desequilibrio entre la cabeza y el corazón.

Rosa, en sus frecuentes libaciones, pensaba cosas estupendas; trenes costosísimos, caprichos extravagantes, joyas jamás soñadas.

Y Antonio gustaba y adquiría á cualquier precio las piedras preciosas más raras y de más coste que encontraba en las joyerías.

—¡Qué bueno es mi Antonio!—decía la caprichosa querida admirando el lujoso estuche que aquel día le había regalado.

Pero Rosa pensó que todo aquel dinero que daba en las joyerías podría muy bien ser suyo. Y como una tremenda sanguijuela sedienta de sangre se agarró al escaso caudal que le quedaba á su amante, dejando anémica en muy poco tiempo la caja, la cartera y los bolsillos de Antonio.

Ya el desdichado aristócrata no tenía ni los viejos pergaminos que le dejaran sus mayores. ¿Pero qué importaba eso?

Pobre era de dinero, pero rico, archimillonario, de cariño loco.

—¿Ves?—le dijo cierto día á Rosa—. Te he dado mi amor y mis riquezas. Ahora tú lo has de hacer todo. Tú, en cambio de lo mucho que te he dado, me darás amor caricias y ánimos para luchar en la nueva vida que por fuerza tengo que emprender.

Y Rosa, pagando en *su moneda*, le dió... un puntapié. y se dispuso á buscar otro *diablo* que la siguiera llevando en coche.

QUISICOSAS

—Vamos á ver, hija mía: eres rica y estás en el caso de elegir marido, al que más te agrade.

—Mira, papá, para empezar, lo mismo me da uno que otro.

—¿Cómo para empezar?

—Pues, claro; porque lo que quiero es tener varios.

—

Una dama se está peinando en su tocador, y un galanteador, que asiste al acto, la piropea.

—¡Jesús!—dice ella—. Qué flores tan mal empleadas para una vieja! Dentro de cuatro días ya voy á tener canas. Mire usted el anuncio; una arruga en mi rostro.

—Eso no es arruga—replica el galán—, es una sonrisa que se ha quedado entretenida.

Las páginas que siguen son encuadernables y el lecfor puede desprenderlas para formar un álbum magnífico uniéndolas á las que ya se han publicado y á las que sucesivamente se irán publicando.

METEMPSICOSIS

Hablábamos una tarde de las diversas formas bajo las cuales habíamos vivido—porque todos los que posean un poco de memoria se acuerdan de sus anteriores existencias—, y le pregunté á la mujer que hoy es mi única alegría:

—¿Te acuerdas, alma mía, de haber sido amada alguna vez?

—Ya lo creo—respondió ella—. Cuando me presentaba en Babilonia ricamente engalanada, según la moda de aquellos tiempos, los más apuestos y elegantes jóvenes se detenían únicamente para decirme galanterías ó para ofrecerme, á cambio de una sonrisa mía, ricas alhajas de oro y piedras finas, que mis esclavos conducían luego en lujosos cojinetes de púrpura.

Después en Roma era yo una espléndida y soberbia cortesana, que se entregaba en los claustros de las catedrales á los lúbricos cardenales de aquella época, y más tarde, hace muy poco, fuí una muchacha tan virtuosa que los más distinguidos caballeros ostentaban con orgullo las moradas señales de mis dedos en su rostro.

—Me acuerdo—prosiguió—de haber sido la más fiel y casta esposa de un pastor protestante, que me decía con adoración extática:

—Debe creerse en las santas—puesto que tú existes—. Y luego fuí querida de un oficial de húsares, que se hizo matar en una batalla porque el día antes le había negado una rosa del prendido de mis cabellos.

Quedé muy complacido al saber que mi amante había tenido apasionados durante sus anteriores existencias.

—¿Te acuerdas—volví á preguntar un poco inquieto—de haber amado en alguna de esas encarnaciones porque has pasado?

—Sí me contestó—; recuerdo haber amado varias veces; reina en un país bárbaro, he combatido á la cabeza de mis ejércitos contra los hombres de Occidente, que querían arrebatar los enormes tesoros acumulados bajo mis tiendas, y al saber la muerte de uno de mis guerreros favoritos, que había sucumbido en la batalla, me atravesé el corazón con una aguda lanza.

He amado también, viviendo en la Groenlandia, á un hermoso pescador; y después á un marquesito, fresco y rosado como una doncella, y á un vizconde pintado como una cómica.

Mientras fuí española quise con toda mi alma á un caballero, llamado D. Fernando, hasta tal punto, que una noche ahogué á mi rival en su propio lecho: y siendo cos-



—¿No te parece, querido, que una mujer na debe ser interesada?

—Soy de tu opinión.

—Porque entonces, cuando una mujer es desinteresada, el hombre mucho más generoso.

turera, tuve un amante, á quien llamaba cantando desde la ventana de mi bohardilla; y, por último, fuí esposa tierna y delicada, que esperaba con el corazón intranquilo y roja de rubor á su marido.

Las infinitas veces que había amado me inquietaban muy poco, pues á lo menos me probaba que al través de las edades había conservado toda la ternura del corazón.

Por último la pregunté con ansiedad:

—¿Recuerdas haber sido fiel á alguno de tus amantes?

Pasó largo tiempo, y por fin contestó:

—No, no me acuerdo.

Esta respuesta me dejó anonadado; porque, ¿cómo creer en la constancia de una mujer que nunca la ha tenido?

Pero mi desesperación duró muy poco;

porque inclinándose hacia mí y abrazándome con ternura, dijo:

—No, me acuerdo de haber sido fiel nunca, pero me acordaré en mis futuras existencias.

CATULLE MENDES.



Cuando contemplo á este zote
me dan ganas de llorar,
pues siempre he de recordar
¡los pelos de su bigote!

DECLARACION

—De tus plantas no me muevo
y así tengo que morir;
ya ves que te adoro ciego.
—Miope, querrás decir
—¿Qué dices de mis acciones
y mis palabras sinceras?
—Digo, que en los pantalones
van á hacerte rodilleras.
—Siento un frío que me muero,
si es severo tu mirar.
—Pues colócate el sombrero
que te vas á constipar.
—A tu lado siempre amante
viviría muy feliz.
—¿Sabes que tienes bastante
desarrollo en la nariz?
—Juntitos todos los años
á un pueblecillo de pesca
iríamos á tomar baños...
—Muchas gracias, ya estoy fresca.
—¿Quieres amor más sincero?
¿Quieres que me vuelva loco?
—Lo que yo quiero es dinero,
y de eso tienes bien poco.

J. A.

* * *

¡Bonita respuesta!

Queriendo un día probar
si más podía el amor
que la virtud de Pilar,
le pedí... cierto favor
que no me quiso otorgar;
y aunque quedé complacido
por su honrado proceder,
añadí como ofendido
—¿Por qué niegas lo que pido
si mi esposa vas á ser?
Y ella replicó turbada:
—Perdóname, dueño mío,
pero en eso confiada,
he sido tan chasqueada
que ya de nadie me fío.

* * *

TU Y YO

(SONETO)

Tú en alegre vergel estás mirando;
yo un jardín de amarguras estoy viendo;
tú en brazos del placer estás riendo;
yo en brazos del dolor estoy llorando.

Tú, ajena á mi pesar, estás gozando;
yo tu injusto rigor estoy sufriendo;
tú me estás con más fuerza aborreciendo;
yo te estoy con más fuerza idolatrando.

Me niegas tus amores y te adoro;
me injurias, y es tu boca bendecida;
me das hiel, y gustarla más imploro.

Me ultrajas, y mi pecho no te olvida;
me hieres, y tu mano es mi tesoro;
me das la muerte, al fin, y eres mi vida.

JOAQUÍN DÍAZ SERRANO.

La Inocencia y el Amor.

(Extracto de lo publicado en el número anterior.. Amelia, linda joven de catorce años, comienza á sentir el deseo de amar y ser amada, que tanto atormenta á todas las de su edad...)

aquel traje no fuera el mismo que usaba diariamente.

Eva, sin haber comido todavía el fruto prohibido, siente vergüenza de aquella desnudez—relativa—y durante el día se entretiene en preparar, bajo la dirección de su abuela, la *hoja de parra*.

Es decir, el primer traje largo.

Amelia hace á lo mejor preguntas que dejan á su abuela confusa y aturdida, y la buena anciana, que nunca se ha pasado de lista ni de aguda, se pone de veinticinco colores y se devana inútilmente los sesos para dejar medianamente satisfecha la curiosidad de la preguntona chicuela y salir lo más airosamente posible de los apuros en que la ponen sus insidiosos interrogatorios.

—Dime, abuelita, ¿qué es un nido?

—¿Un nido? Preguntas cada bobada, que parece que te has caído tú de alguno.

—El que pregunta no yerra.

—Pues bien; un nido es... una casita que hacen los pájaros para poner sus huevos y criar á sus hijos...

—¡Ah! De modo que los hijos de los pájaros salen de los huevos... ¿y los nuestros?

—¡Cómo los nuestros! ¿Qué plural es ese?

—Pues un plural que no tiene nada de singular. Digo los nuestros, como hubiera dicho los de las mujeres, porque yo soy mujer y espero...

—Usted no espera nada, charlatana.

—Como dices que ya piensas en casarme.

—Sí, con D. Judas; pero no ahora, dentro de dos ó tres años. Ahora no hay que hablar de eso.

—Pues bien; hablemos de otra cosa. ¿Qué es un beso?

—¡Un beso!

—Sí, señora, un beso... No te rías de mi pregunta aunque te parezca tonta, porque tiene segunda intención.

—¡Cómo!

Verás. Ayer estando por la mañana en el jardín, mi primo Arturo me pidió un beso, y yo se lo dí como siempre... es decir, como siempre no, porque al dárselo, sentí un estremecimiento inexplicable que recorrió todo mi cuerpo, y un calor grandísimo que me subió á la cara, y una turbación extraña que se apoderó de mí... y me dió muchísima vergüenza sin saber por qué... Arturo se echó á reir y yo me eché á llorar y luego eché á correr... Dime abuelita, ¿por qué aquel beso me produjo tal impresión, cuando tantos le he dado sin experimentar sensación alguna, cuando ahora mismo te doy á tí un beso... como éste... y otro como éste... sin sentir estremecimientos, ni calores, ni vergüenza?

Doña Eduvigis afirmó sus lentes sobre la nariz, miró á su nieta con espantados ojos, abrió la boca como si fuera á decir algo y la volvió á cerrar sin decir palabra y después, bajando los ojos é inclinando la cabeza sobre el pecho, procuró aparentar indiferencia y atender solamente á su labor y murmuró para sí, moviendo la cabeza de un lado á otro:

—Pues, señor, estas chicas están ya dejadas de la mano de Dios, y es preciso no perderlas un momento siquiera de vista.

—Mira, Amelia, me tienes muy disgustado...

—¿Yo?...

—Sí, señorita... ¡Tú!...

—¡No sé por qué!...

—Porque ya no eres conmigo amable y buena y cariñosa como antes...

—¡Qué cosas dices!...

—No... ¡Qué cosas haces!...

—¿Yo?

—Sí, señorita... ¡Tú!

(Continuará.)



CORREO DEL AMOR

MANOLITO (León).—Sólo conozco un caso muy parecido. Había completa paz en el matrimonio; ambos cónyuges manifestaban quererse hasta la adoración. Ninguno de ellos desconfiaba del otro... Sin embargo, se engañaban secretamente y creo que jamás llegaron á saberlo. ¿Fueron por esto felices? Todas las personas que los conocían envidiaron siempre esa supuesta felicidad.

MORITA (Córdoba).—La mujer amada lo es todo en el mundo para el hombre que ama. Si comienza á discutir es que flaquea su pasión. ¿Está usted segura de que le quiso siempre de la misma manera?

G. N. O. (Madrid).—Esa abnegación resulta demasiado inocente. No le hará caso; tenga usted completa seguridad de que permanecerá indiferente.

R. A. (La Coruña).—Búrlese usted de la decantada influencia del clima. Yo he conocido inglesas en cuyo corazón hervían las pasiones, y sé también que hay sevillanas muy frías.

REMIGIO (Santander).—A pesar de que ya sabe usted que no soy partidaria de que se escriban cartas, en este caso puede hacerlo, pero con suma discreción y delicadeza. Una frase imprudente hará que lo pierda usted todo.

J. O. (Bilbao).—Es un castigo muy duro. Me parece que habla solo en usted el orgullo ofendido. Si atiende usted mi consejo, creo más prudente que no se ocupe para nada de ella.

LOLITA (Mérida).—No se fíe usted de esas apariencias. Aunque jure y perjure su lealtad, si los hechos han ocurrido del modo que usted los cuenta, no cabe duda que miente.

P. M. (Zaragoza).—En el amor no conviene que el corazón de los dos se inflame al calor de la misma llama. Para que dure más tiempo es preferible que sea desigual la temperatura.

CLEOPATRA (La Coruña).—Creo, como usted, que hay exageración en esa manera de apreciar corazones.

Una gallega puede amar con el mismo ardor que una andaluza, pero no es la regla general.

EL AUSTRIACO (Los Corrales)-Santander.—No entiendo bien lo que ha querido usted decirme. Explíquese con más claridad... Esto si se refiere usted á una consulta, porque si me hace un homenaje personal no podré responderle.

A. P. (Jhadumen).—No crea usted que esa casualidad ha sido para usted desagradable. Ahora le querrá mucho más porque viene á mezclarse la idea de los celos... Lo que ella hizo es señal cierta de que desea una reconciliación.

M. Q (Toledo).—Escríbale pidiéndole perdón. Lo que ella hizo está perfectamente justificado, mientras que usted al ofenderse ha caído en la grosería.

BILITIS.

A los corresponsales y coleccionistas.

El éxito de **MUNDO GALANTE** *ha superado nuestros cálculos. A pesar de todas las previsiones, los números se agotan, y ya nos hemos visto obligados varias veces á ordenar nuevas tiradas.*

Como nuestra principal aspiración es la de corresponder á los favores que el público nos dispensa, no omitimos gastos ni sacrificios de ningún género.

Por esto advertimos á los corresponsales y coleccionistas que pueden formular sus pedidos de números atrasados, que iremos reimprimiendo para satisfacerlos á todos. Sólo rogamos que tengan paciencia, pues no se pueden hacer las nuevas ediciones con la rapidez del número corriente.

Ya lo saben todos; háganse los pedidos de números atrasados con la debida anticipación, en la seguridad de que realizaremos los más grandes esfuerzos para servirlos y de que nadie quedará desatendido.

Se hallan á la venta las nuevas tiradas de los números 1.º, 2.º 3.º y 5.º que estaban agotados; es decir que servimos ya colecciones completas de todos los publicados.

EN LA OPERA

El tenor.

Salgo de su camerino
porque me llaman á escena..
¡A ver si el público nota
que se me doblan las piernas!

El bajo profundo.

Por lo visto el tenorino
me tomó la delantera,
en tanto que yo cantaba
desesperado en escena.

La prima donna.

Con esta voz tan opaca
que tengo desde hace rato,
dirá el público, de fijo,
que si me estoy desmayando.

La característica.

Con mi cara y con mis años
puede bien asegurarse
que no es fácil que se pierdan
para cantar, facultades.

LA GOTERA

A su casero una dama:
—mal he dormido, decía,
que una gotera vertía
sin cesar agua en mi cama.
Toda la noche calando,
cuando al fin amaneció,
mi pobre marido y yo
estábamos chorreando.

NUESTROS CONCURSOS ARTISTICOS

ESPLENDIDOS REGALOS A NUESTROS LECTORES

¿Cuál de las cuatro le gusta más?

Nuestros lectores conocen seguramente las apasionadas discusiones que ha promovido el «Concurso de belleza», organizado por «El Imparcial». El fallo no satisfizo á nadie, y de él se ocuparon amparando el derecho de la rubia y de la morena apelante los diarios «La Mañana», «La Tribuna» y «Excelsior», y los semanarios «Mundo Gráfico» y «Las Ocurrencias».

En nuestras páginas de papel couché publicamos los retratos de todas ellas; junto á la rubia que obtuvo premio, la rubia desairada; al lado de la morena favorecida, la morena que no consiguió premio.

Nosotros recurrimos al buen gusto de nuestros lectores para que ellos decidan libremente este curioso pleito. A este fin no tendrán más que responder á la siguiente pregunta: *¿Cuál de las cuatro le gusta más?*

Destinamos como regalo á nuestros lectores votantes del concurso *cuatro magníficas colecciones de tarjetas postales iluminadas*, conteniendo 50 tarjetas cada colección, que son variados retratos de las artistas más lindas y populares.

Para ello, bastará con llenar el cupón adjunto y enviarlo en sobre abierto y franqueado con un cuarto de céntimo, al *señor Director* de *Mundo Galante*, San Andrés, 30, Madrid, (apartado 555). Se añadirá en una esquina del sobre la palabra «Concurso». Los de Madrid pueden enviarse á la mano.

Admitimos los cupones hasta el domingo 29 de Septiembre, en cuyo día se hará el recuento de votos y el sorteo consiguiente. El resultado se publicará en el número del día 3 de Octubre próximo.

SEPTIEMBRE 1912

Cupón del concurso de MUNDO GALANTE

Voto por la señorita (1) .....

.....

que es la belleza que más me gusta.

Nombre del lector .....

.....

reside en .....

calle de .....

número .....

(1) Póngase el nombre y apellidos de una sola de las cuatro bellezas.